



ARTE Y LITERATURA



Cuentistas colombianos contemporáneos (III)

FERNANDO AYALA POVEDA*

Pido no renunciar a la literatura colombiana

La *Literatura* colombiana consolida a su manera la historia de nuestra identidad frente a nosotros mismos y frente al concierto de las naciones universales. Las letras colombianas piden una lectura auténtica, sin reservas, que destierre las visiones nefastas que los capitanes de la ceniza le han ido determinando año tras año. A la altura de nuestra condición histórica, los códices literarios, artísticos y espirituales de la patria, perduran por encima de las negaciones, las guerras del silencio y los acosos del sarcasmo y la alabanza. Desde el origen inicial de la sangre común que nos reúne, la cosmogonía, la danza, la magia y la belleza del trabajo, que vive en la herencia aborígen nos reclama incesantemente. Del mismo nos requieren los poemas de Rafael Pombo, Hernando Domínguez Camargo, Candelario Obeso y los siempre presentes de los trovadores de la tradición oral porque ellos dibujaron sobre el agua, el asalto del remo, el amor, la infancia y la celebración del día. Todos están juntos en esta convocación. Ninguno falta. La nación colombiana no podría adivinar su rostro sin la voz de José Asunción Silva, Porfirio Barba Jacob, Jorge Zalamea, Luis Vidales, Jorge Gaitán Durán, Aurelio Arturo, Arturo Camacho Ramírez y tantos otros poetas del alma, porque al igual que el artesano ellos templaron la sabiduría, la memoria de los caminos, el río y sus sangres y también la angustia de los hombres

* Novelista. Crítico literario. Profesor de la Universidad Central. Autor del nuevo libro sobre Historia de la Literatura Colombiana.

que emergen de nuestra ascendencia y nuestra descendencia. De la misma manera, Colombia carecería de su voluntad imaginativa sin la comedia humana que pervive en *"María"*, *"Frutos de mi tierra"*, *"La Vorágine"*, *"La Casa Grande"*, *"Cien Años de Soledad"*, *"La Otra Raya del Tigre"*, *"Juego de Mentas"* y los otros territorios de la arena y la ternura. Si uno sólo de ellos faltara, se disminuiría un perfil de nuestras manos. Nos sentimos por ello agradecidos con el legado de Rufino José Cuervo, José María Vargas Vila, Rafael Maya, Otto Morales Benítez, Jaime Mejía Duque, Eduardo Pachón Padilla, porque ellos, hora tras hora han soñado el español americano, el ensayo americano, la espada vertebral de esa palabra que comunica a los hombres en las ciudades, las alcobas, las selvas y los bohíos. Todos nuestros escritores, sin excepción ninguna, reunidos ante su obra solidaria, nos piden una lectura auténtica para fundar el otro tiempo: el tiempo de la reflexión, el instante en que dos habitantes del mundo crean otro mundo, el encuentro con lo que somos en la historia de la voluntad de ser.

Cada obra literaria tiene su reto, su dimensión, su derrota y su triunfo. La pretensión de hallar en las letras colombianas una calidad superlativa, llena de la absoluta perfección, no es realista. Cada página literaria persigue a la otra en la insatisfacción, con la mayor exigencia, sin concluir nunca en la verdad total, en la forma suprema e insuperable. Entre los posibles caminos, este puede ser uno de los puntos de partida para leer la literatura colombiana como una fiesta, como una pugna que crea un desafío dentro de la dignificación y la realización de quien la asume.

En el centro de esta antología se vierten los deberes que nos son comunes: vigorizar la internacionalización de nuestras letras, propiciar el magisterio de la lectura, fundar la asociación de investigadores colombianos, difundir las obras literarias inéditas aunque publicadas, promover la discusión creadora, y tantos otros esfuerzos que demanda la misión de la cultura.

Por las letras colombianas viven los sucesos históricos más importantes y clandestinos de la nación. Entre sus páginas los hombres y mujeres acuden a la cita de un destino que puede ser su muerte o su vida. Libro tras libro nos revela la dimensión del mestizo que se hace ciudadano universal. Los lectores tienen ante sí las rutas de su propia existencia: el sueño, la música, la tierra, la amistad y los conflictos personales y sociales. Muy contados escritores trai-

cionan la condición humana de nuestra identidad. En la gran mayoría, los creadores nos otorgan una contribución para el mejoramiento de la felicidad de la especie. Esta palabra no disminuye los cantos de trabajos, los desgarramientos y los anhelos del mestizo. La literatura colombiana ha nacido de la vida que se quiere vivir y no morir.

En nombre de esa vida, pido no renunciar a nuestra literatura. Pido un reconocimiento para los hombres que la forjaron, la forjan y la seguirán forjando como un modo de nacer.

Eso es todo y es el principio de un sueño no perdido nunca.

Coexistencia de los mundos imaginarios

Ningún hombre es una isla. Ninguna obra literaria es una ínsula, cercada, sin prolongación en el mundo de la literatura y en el mundo de la realidad. Cada escritor ilumina la identidad del universo bajo una luz de comunión que lo aproxima a otro escritor. Este carácter no hace igual el mundo imaginario de uno y otro creador, sino lo convierte en un espacio de analogía, donde es posible el encuentro de la sangre, los sueños, los combates, la lucha contra las pesadillas, el concurso del hombre en su origen, en el tiempo y la muerte. La mitomanía moderna piensa a los autores frente a una competencia donde uno es el ídolo, el rey, el genio, y el otro, el desconocido, el epígono, el menor de edad. Las antologías literarias ilustran este esquema y alistan en sus filas a los escritores que según los antologistas son dioses porque han tenido éxito comercial con sus libros, éxito académico por los premios, éxito publicitario porque han soñado a Dios. Ciertamente, estas selecciones literarias no debieran titularse: "Antología del cuento" sino más bien: "Mi antología del cuento" porque en ella se concentra un gusto estético, intereses personales, padrinzos, fallos secretos. Las antologías del cuento constriñen la belleza y el estremecimiento de los mundos imaginarios a un concepto generacional, histórico; a un abecedario que quiere poner en orden los números pero no la vida de las ficciones. En América Latina los esquemas proliferan, los temas se convierten un alegato contra una Europa desconocida, que se ha perdido en los memoriales de agravios. De igual modo, América Latina se escabulle en la angustia de quienes la preguntan sin quemarse en ella las manos, los sueños y los pasos. América Latina al igual que el cuento importa como teoría, pero no como una práctica de vida.

Gabriel García Márquez aún no ha sido leído porque su obra es un jardín de senderos que se bifurcan, que no se agotan en una lectura. Igualmente, Carlos Bastidas Padilla y Hugo Niño. Estos tres escritores piden una lectura múltiple, inagotable, frente al tiempo, al origen y a los sueños de América Latina y del mundo. Sin uniformarlos, sin reducirlos a una isla, nuestros tres escritores pueden ser leídos bajo una nueva luz, siempre viva y actuante, en permanente diálogo con otros escritores, sobre otros signos, frente a los rostros que habitan el reino del mestizaje. Esta Antología del cuento colombiano de hoy quiere ser una puerta abierta, sin salvoconductos, donde el cuento se hace un rasgo distinto de nuestra felicidad, nuestra sombra o nuestra clave de luz y gozo.